

De la excomunion. 27
 Del Orden, de los Obispos, y los Diáconos con el celibato de los Clérigos. 28
 Del Matrimonio, la señal de la cruz, las reliquias, la invocacion de los Santos, y los milagros. 29
 Estado de las almas, el purgatorio, y la eternidad de las penas. 30
 La potestad temporal, y de las personas sagradas de los Reyes. 31
 La abstinencia y el ayuno; sobre el temor y amor de Dios. 32

ARTÍCULO IV. PAG. 454

Sentencias espirituales de San Agustin.

Ciento y ochenta sentencias sacadas de sus exposiciones sobre los Salmos. 1
 Algunas sentencias de sus confesiones. 2
 Otras de los libros de libero arb. y de vera Religione. 3
 Otras de su obra de moribus Ecclesiae Catholicae, y del libro sobre el Génesis contra los Maniqueos. 4
 Sentencias de los libros de su obra que se intituló: de doctrina christiana. 5
 Sentencias sacadas del libro de Genesi ad litteram. 6
 Varias sentencias de San Agustin de su obra de Catech. rudib. 7
 Otras de los libros de civit. Dei. 8

BIBLIOTECA PORTATIL

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

SAN AGUSTIN, Obispo de Hipona, y Doctor de la Iglesia.

ARTÍCULO I.

Historia de su vida.

I. **N**ACIÓ San Agustin el dia 13 de Noviembre de 354 en Tagaste de Africa, ciudad de la provincia de Numidia, cerca de Madaura, y de Hipona. Esta ciudad, que antes se hallaba toda enteramente en el cisma de los Donatistas, se habia unido poco antes con los Católicos, intimidada con las leyes de los Emperadores Orosio, y Mamerto Cláudio: dan á San Agustin el nombre de *Aurelio*, con el que fué mas conocido, despues que se extendió por el mundo su reputacion. Su padre, que se llamaba Patricio, era vecino de Tagaste. Tenia la suficiente nobleza para ser admitido á todos los empleos de la ciudad, pero pocos bienes. Estuvo mucho tiempo sin creer en Jesuchristo, y no se convirtió hasta el fin de su vida. Monica, su esposa, fué la madre de nuestro Santo; y mas era su madre segun el espíritu, que segun la carne: tuvo tambien otros hijos de Patricio; porque San Agustin habla de un hermano que

estaba con él en Ostia en 388, quando su madre murió (1). Se cree que era Navigio, el mismo que se hallaba con él en el campo en casa de Verecunda, y que asistia á las conversaciones filosóficas que tenia el Santo con sus amigos, en las que se ponía por escrito todo quanto se decia.

II. Inmediatamente despues del nacimiento de San Agustin, tuvo Santa Monica, su madre, el cuidado de hacerle marcar con la señal de la cruz, y darle á gustar aquella divina y misteriosa sal, que es figura de la verdadera Sabiduría, poniéndole en el número de los Catecúmenos. Esto es lo que le hizo decir, que antes de ser Maniqueo, era católico Christiano. Advirtiéndole despues su grande entendimiento y memoria, le aplicaron al estudio de la eloqüencia; y para esto le enviaron á Madaura, que era una ciudad vecina. Halló en este estudio mas gusto que en aquellas primeras instrucciones en que nos enseñan á leer, escribir y contar, aunque mas utiles: le gustaba mucho el estudio de las bellas letras, por las fábulas y ficciones poéticas. Aunque estos mismos cuentos estan en los poetas Griegos, y en los Latinos, aborrecia con extremo los primeros, por la natural aversion á una lengua, cuyo estudio mezclaba una especie de amargura con la dulzura de las fábulas. No obstante, le fué preciso vencer esta repugnancia al Griego, y á fuerza de amenazas y castigos se le hicieron aprender; pero confiesa, que no lo poseyó con perfeccion, y ni aun sabia lo suficiente para entender los libros que habian escrito los Griegos sobre la Trinidad. Sus progresos en las demás ciencias le empeñaron insensiblemente en los desordenes que produce la vanagloria; y se avergonzaba de no estar tan entregado al amor y vanidad del mundo, y de no ser de tan perversas costumbres como otros. Tendria como quince años quando volvió de Madaura á Tagaste, en donde pasó el año 16 de su edad en la casa de su padre. Mas ocupado en la caza de aves, y en qualquiera otra

(1) Tuvo tambien una hermana edificó para las vírgenes en Hipona. que fué Superiora del Convento que

cosa que en los estudios, interrumpió el curso de estos hasta que se juntó el dinero necesario para que los continuase en Cartago. Durante este tiempo de vacaciones, empezaron las sensualidades á dominar tiranicamente su corazon. Iba corriendo al precipicio con tal ceguedad, que cometia el delito, no tonto por el placer, quanto porque le alabasen de haberle cometido. No obstante, pedia á Dios la castidad; aunque añadia: "que no fuese tan presto:" porque temia que le oyese el Señor con demasiada prontitud, y le curase antes de lo que él queria de la enfermedad de la impureza, amando mas el placer de satisfacerla, que la felicidad de verse libre.

III. Llegando á Cartago en el año 370, estudió la retórica con Demócrates, y mereció muy presto el primer lugar entre los que estudiaban en la misma escuela, lo qual le causaba un gozo mezclado de presuncion, y le hinchaba de orgullo y de soberbia. A la ambicion de sobresalir entre los de su escuela, se juntó el fuego del amor infame que no se habia apagado con la mudanza de lugar." Todavía no amaba yo, dice; mas deseaba amar: y por ultimo, caí en las redes en que deseaba verme cogido: me ví, amado, y aun llegué á la posesion de lo que amaba: pero, ¿qué efecto, oh mi Dios, me disteis á sentir de vuestra misericordia y bondad con la hiel y las amarguras que derramasteis en aquellas falsas suavidades; porque los infelices lazos en que yo mismo me enredé con plena voluntad, solo sirvieron para exponerme á los tiros ardientes de los zelos, sospechas, temores, rabias, querellas y pependencias." No obstante que sentia tanta inclinacion á los placeres, se puso cierta regla en sus desordenes, no comerciando mas que con una sola muger, que tenia en calidad de concubina, y guardándola toda fidelidad, aunque no habia contraido legitimo matrimonio. De ella tuvo un hijo llamado Adeodato, de excelentes prendas.

Un año antes del nacimiento de Adeodato; esto es, en el de 371, San Agustin, que se hallaba en los 17 de su edad,

perdió á su padre. Continuó su madre en proveer á su subsistencia, como tambien Romaniano, el ciudadano mas principal de Tagaste, el que, desde que estaba en Cartago, le habia asistido en un todo. En 373 llegó, por el orden que se observaba comunmente en aprender la eloqüencia á la lectura del libro de Cicerón, intitulado: *Ortensio*. Este libro, que es una exhortacion á la filosofia, le movió tanto, que mudó todas sus aficiones. No le leía con el fin de pulir su estilo, sino con el de alimentar su espíritu. Una cosa le resfriaba en las ansias con que leía este libro, y era no ver en él el nombre de Jesu-christo, que estaba profundamente gravado en su corazon, por haberlo mamado con la leche. Resolvió, pues, desde entonces aplicarse á leer la Sagrada Escritura, por saber qué cosa era. Mas no estaba capaz de entrar en los secretos impenetrables para los sobervios. A la edad como de 20 años, leyó por sí solo el libro de las categorias de Aristóteles, y comprehendió todo el sentido tan bien como aquellos que para entenderle habian recurrido á los mas excelentes Maestros. Sin auxilio de nadie entendió igualmente todos los libros de las artes liberales que llegaron á sus manos. Por ultimo, estaba instruido en la astrologia judiciaria, y sabia todo quanto los filósofos habian escrito sobre esta materia. Mas en vez de sacar ventajas de su talento y de sus conocimientos, solamente le sirviéron para perderse. Acostumbrado con las categorias de Aristóteles á discurrir de Dios como de los cuerpos, le buscaba, no con la luz del espíritu, sino con los órganos de los sentidos. Esto le detuvo por mucho tiempo en la heregia de los Maniqueos, en la que cayó por los años 374; porque no pudiendo concebir una substancia espiritual, le era imposible disipar las fantasmas y quimeras de estos hereges. Lo que le hizo caer en sus errores fué el trabajo que le costaba conocer el origen del mal: porque fatigado su espíritu con las investigaciones, se reduxo á creer, como ellos, que el mal tenía un principio real y externo, opues-

to á Dios, como principio del bien.

Su familiaridad con estos Hereges le hizo bien presto conocer que con mucha mas eloqüencia combatian contra las opiniones de los otros, y que establecian la suya con menos fuerza y solidéz; por lo que no se entregó enteramente á ellos. Su madre, que se sentia penetrada del mas vivo dolor al verle en una heregia tan detestable, suplicaba á todas las personas que creía capaces de poder conferenciar con él, para que rebatiesen sus errores, y le instruyesen en la verdad. Un Obispo, á quien hacia la misma súplica, se negó á lo que le pedía, diciendo: que la misma lectura de los libros de los Maniqueos le habia de desengañar: mas viendo que proseguia en sus instancias, la dixo: véte, y continúa en orar por él, porque es imposible que perezca un hijo llorado con tantas lágrimas.

IV. A fines del año 383 salió de Cartago, inquieto, y sin saber qué partido tomar. Llegó á Roma, con intencion de enseñar allí la retórica, y se hospedó en casa de un Oyente de los Maniqueos, en donde juntó algunos discípulos. Mas advertido de que muchos de ellos conspiraban á no dar cosa alguna á los que se tomaban el trabajo de instruirles, no pudiendo sufrir esta baxeza, pasó á Milán, en donde faltaba Catedrático de eloqüencia. San Ambrosio, que era Obispo de aquella ciudad, le recibió, como Padre, y con una caridad digna de un verdadero Pastor le manifestó que se alegraba de su venida. Esta bondad le ganó el corazon: iba á oír al Santo Obispo con grande atencion quando enseñaba al pueblo; bien que no tanto para instruirse, quanto por experimentar si correspondia su eloqüencia á su reputacion; mas no dexaba de atender por si decia alguna cosa que favoreciese ó rebatiese la heregia de los Maniqueos. Dios, que le queria sacar de su error, y enseñarle la ciencia de que dependia la resolucion de sus dificultades, disponia que este Obispo resolviese por incidencia las que los Maniqueos proponian sobre diversos lugares de la Escritura. Por este camino aprendió San Agustin la verdad in-

sensiblemente, y se fué desvaneciendo su error poco á poco, y como por grados.

V. Empezó á leer la Santa Escritura con afición extraordinaria; pero nada le gustaba tanto como las Epístolas de San Pablo. Esta lectura esparció en su alma una luz que le hizo ver la virtud en toda su hermosura. No obstante, aun permanecía en la incertidumbre del genero de vida que habia de abrazar. En este estado, recurrió al Presbítero Simpliciano, hombre de grande virtud, y padre espiritual de San Ambrosio; le refirió todo el curso de sus errores, y todos los extravíos de su alma. Simpliciano, sabiendo de su boca, que habia leído algunos libros de los Platónicos, traducidos en latin por el retórico Victorino, tomó ocasion para contarle el modo con que este Victorino se habia convertido. San Agustin se vió sensiblemente tocado, y deseaba con ansia imitarle, no solamente recibiendo el Bautismo, sino renunciando como él á la profesion de la retórica. Un dia que estaba solo con Alipio; un Africano llamado Ponticiano, oficial del Emperador, le vino á visitar. Se sentaron á conversacion, y reparando Ponticiano en un libro que estaba sobre la mesa, le abrió, y vió que eran las Epístolas de San Pablo. Admirado de ver aquel libro que no pertenecia á la profesion de Orador, miró sonriéndose á San Agustin, dándole á entender su alegría y admiracion; porque era Christiano, y hacia frecuentes y largas oraciones en la Iglesia. Confesándole San Agustin, que leía con mucha atencion aquel libro, empezó Ponticiano á hablar de San Antonio, Solitario de Egipto, cuyo nombre, aunque célebre en todas partes, no habia llegado á su noticia. Les contó, pues, la vida del grande Antonio, y les habló de la multitud de Monasterios que llenaban ya todo Egipto, el santo modo de vivir de aquellos Solitarios, y los efectos maravillosos que obraba en ellos la gracia. Viendo que se pasaban de oírle, les contó la conversion de dos oficiales del Emperador, los que, estando la Corte en Treveris, se admiraron tanto de la vida de

San Antonio, cuyo libro hallaron en poder de unos Monges, vecinos de aquella ciudad, que á su exemplo abrazaron inmediatamente la vida monástica. Entretanto que Ponticiano hablaba, sentia San Agustin que se le despedazaba el corazon, y que se le llenaba de una confusion horrible, al ver que ya no le quedaba excusa para dexar de seguir la verdad que aquellos habian encontrado, y él habia estado buscando por doce años. Se levantó, pues, así que Ponticiano se retiró, y todo conmovido, demudado el rostro, y con un tono de voz extraordinario, que daba á entender, aun más que con las palabras, lo que pasaba en su alma, mirando á Alipio, le dixo: »¿Qué es esto? ¿qué hacemos? ¿qué me dices de lo que acabamos de oír? Los ignorantes arrebatan el cielo, y nosotros con toda nuestra ciencia permanecemos insensatos, sepultados como bestias en la carne y en la sangre! ¿Acaso nos hemos de avergonzar porque van delante de nosotros en el camino de Dios? ¿No será mas razon confundirnos de no tener valor para seguir sus pasos?» Alipio le miró sin hablarle palabra, pasmado de aquella mutacion, y le fué siguiendo á un Jardin á donde le llevó la turbacion que padecia. Se sentaron en el lugar mas distante de la casa, y San Agustin, estremecido con la indignacion de no poder resolverse á lo que, al parecer, solo pendia de su voluntad, se arrancaba los cabellos, se heria la frente, y se abrazaba las rodillas con las manos cruzadas. Alipio no le dexaba, observando, sin decirle cosa alguna, qual sería el fin de aquella agitacion extraordinaria. Ya por ultimo rompió Dios todas sus cadenas con un milagro que el Santo refiere así: »Despues que una profunda meditacion sacó de lo mas secreto de mi alma, y expuso á la vista de mi espíritu todos mis extravíos y miserias, sentí que se levantaba en mi corazon una grande tempestad, á la que se siguió una grande lluvia de lágrimas; y para poderlas verter con los gemidos que las acompañaban, me levanté y me separé de Alipio, juzgando que me convenia la soledad para llorar á mi satisfaccion; me

retiré lo mas que pude , para que no me turbase la presencia de un amigo tan amado. Me arrojé al suelo debaxo de una higuera , y no pudiendo contener mis lágrimas , salieron de mis ojos, oh Señor , arroyos y rios que recibisteis como un agradable sacrificio. Os dixé despues muchas cosas , si no en estos términos , á lo menos en este mismo sentido. ¿ Hasta cuándo habeis de estar indignado contra mí? Olvidad , mi Dios , mis pasadas iniquidades ; porque bien conocia yo que éstas eran las que me detenian , y las que me hacian decir con una voz lamentable : ¿ hasta cuándo , hasta cuándo lo he de dexar para mañana? ¿ Por qué no ha de ser ahora? ¿ Por qué no se han de acabar mis manchas é impurezas en este mismo instante? Mientras hablaba de esta suerte , y lloraba con la mayor amargura en la mas profunda afliccion de mi corazon , oí de una casa vecina una voz como de muchacho ó de doncella , que decia y repetia muchas veces: *Toma y lee , toma y lee.* Yo en aquel instante volví el rostro , y empecé á pensar en mí mismo , si solian los niños cantar en algun juego cosa que fuese semejante , y no me acordé de que alguna vez lo hubiese advertido. Detuve , pues , el curso de mis lágrimas , creyendo que Dios me mandaba abrir el libro de las Epistolas de San Pablo , y leer el primer lugar que encontrase. Porque me habian dicho , que habiendo entrado San Antonio cierto dia en la Iglesia quando se leía el Evangelio , oyó y recibió estas palabras , como si se le dixeran á él: *Anda vete , y vende todo lo que tienes ; dálo á los pobres ; ven y sígueme :* y que al oír este oráculo , inmediatamente se convirtió. Volví , pues , con toda prontitud al lugar en donde se habia quedado Alipio , y tomé el libro que allí habia dexado ; le abrí , y en el primer lugar que me ocurrió ley en voz baxa estas palabras : *No vivais en los convites y embriaguez , ni en las impurezas y excesos , ni en las rencillas y envidias ; antes bien revestíos de nuestro Señor Jesuchristo , y no pretendais contentar vuestra carne en sus deseos.* No quise leer mas , ni era necesario ; pues apenas

había acabado de leer estas pocas líneas , quando se derramó en mi corazon como una luz que le dexó en entero descanso , y disipó las tinieblas de mis dudas. Notando , pues , este lugar del libro , le cerré , y con un rostro tranquilo conté á Alipio lo que me habia sucedido." Alipio deseó ver el pasage , y le hizo notar lo que seguia , porque San Agustin no lo habia advertido: *Asistid al que es flaco en la fe* , aplicándose á sí mismo estas palabras. Volviéron á entrarse en casa , y fuéron á decir á Santa Mónica lo que habia pasado , sabiendo que en esto la darian mucho gusto. Al mismo tiempo resolvió S. Agustin renunciar al matrimonio y á todas las esperanzas del siglo , y dexar su escuela de retórica. Quiso no obstante hacerlo sin estrepito ; y como solo faltaban tres semanas para las vacaciones , las que se daban por vendimias , dexó para aquel tiempo el declararse. Sucedió , pues , la conversion de San Agustin en el mes de Agosto , ó en el de Septiembre del año 386.

Llegando el dia de las vacaciones , se retiró á un lugar llamado Casiaco , á la casa de su amigo Verecundo , ciudadano de Milán , y profesor de gramática. Le siguieron su madre , su hermano Navigio , su hijo Adeodato , Alipio , Nebriodio , y dos discípulos jóvenes Trigeccio , y Licencio , el primero de los quales era hijo de Romaniano. Durante este retiro , compuso San Agustin diversas obras ; la primera , contra los Académicos ; la segunda , de la vida feliz ; la tercera , del orden ; la quarta , los soliloquios. En ellas se ve del modo que vivian juntos en aquella casa de campo. Aunque Santa Mónica estaba encargada del cuidado de la casa , no dexaba San Agustin de entrar en el manejo de algunos negocios domésticos , y algunas veces estaba ocupado los dias enteros , ó en escribir cartas , ó en arreglar otras cosas. Ordinariamente no se levantaba antes de amanecer , pero se habia acostumbrado á velar casi la mitad de la noche para meditar en las dificultades que le ocurrían. Despues de levantarse hacia á Dios sus ordinarias súplicas , y todos los dias derramaba en su presencia humildes la-

grimas sobre su ignorancia y miseria. Iba despues á pasear al campo con los de su compañía: mas quando hacia mal tiempo, iban á conversar á los baños, que eran muy hermosos. No tomaba mas alimento que el que necesitaba para mitigar el hambre sin disminuir la libertad del espíritu, y nunca se acostaba sin rezar primero ó hasta haber hecho oracion á Dios. Pero algunas veces se detenia mucho tiempo en la meditacion.

VI. Llegando, pues, el tiempo de alistarse en el número de los competentes, y de prepararse á recibir el Sacramento del Bautismo, dexó el campo, y fué á Milán con Alipio y su hijo Adeodato, que queria participar de la misma gracia. Esto sucedió á principio de Quaresma de 387. El mismo nos dice en qué disposiciones se hallaba por entonces, en una obra que compuso mucho tiempo despues, en la que habla de sí mismo, y de los otros en estos términos: »Tan poco atendiamos á nosotros mismos, que no nos acordabamos de aquella aplicacion, aquel cuidado, y aquel respeto con que escuchabamos las instrucciones con que nos enseñaban los principios de la Religion quando pediamos ser admitidos al Bautismo; y por esta razon nos llamaban *competentes*. Le recibió de manos de San Ambrosio la víspera de Pasqua que aquel año de 387 cayó á 25 de Mayo. Al punto que le bautizaron, se desvaneció la inquietud que le daba la memoria de su vida anterior. En estos primeros dias no acababa de saciarse de aquel singular consuelo que recibia, considerando cuánta es la profundidad de los consejos de Dios en el punto de la salud de los hombres. Renunció mas que nunca á todo quanto podia esperar de este siglo, y se resolvió á que él y los suyos á solo Dios servirian.

VII. Examinando primero en dónde podrian executar mas facilmente su intencion, se determinaron todos á volver al Africa con un joven llamado Evodio, que tambien era de Tagaste. Llegando á Ostia, descansaron del largo camino que habian pasado desde Milán, y se prepararon para la embarcacion. Un dia que estaba con su madre asomado á una ventana que caía

al jardín de la casa en que posaban, se entretuvieron con entero consuelo sobre la felicidad eterna, olvidando lo pasado, para ocuparse solamente en la memoria de los bienes por venir. Entonces le dixo Santa Mónica: »Hijo mio, por lo que á mí toca, yo no tengo placer alguno en esta vida: no sé qué es lo que hago aqui, ni para qué estoy en este mundo. La unica cosa que me daba deseo de vivir era el verte Christiano católico antes de morir. Mas me ha dado Dios, porque te veo consagrado á su servicio, y que has despreciado la felicidad temporal.» Cinco dias despues la entró una fiebre, y murió á los nueve. San Agustin la cerró los ojos, y se sintió al mismo tiempo sobrecogido de un dolor que queria derramarse al exterior con arroyos de lágrimas, pero las detenia el Santo con extremada violencia. Lleváron el cuerpo, y ofrecieron por la difunta el Sacrificio de nuestra redencion. Tambien dixéron oraciones cerca del sepulcro, segun la costumbre, y en presencia del cuerpo antes de enterrarle. Escribiendo San Agustin todas las circunstancias de su muerte, suplica á los lectores que se acuerden en el santo altar de su padre Patricio, y de Mónica, su madre. La misma Santa habia pedido esta gracia un instante antes de morir, diciendo á Agustino y á Navigio: poned este cuerpo en donde querais; sobre este punto no os inquieteis; solamente os pido que os acordeis de mí en el altar del Señor en todas partes en donde esteis.» Entonces se hallaba S. Agustin en los 33 años de su edad; y asi debe ponerse la muerte de su madre á principios del mes de Noviembre de 387.

VIII. Bien porque la estacion estuviese muy adelantada, ó por no haber hallado ocasion favorable para embarcarse, ó bien por temor de las turbaciones que habia causado en Africa la invasion de Máximo, no salió de Italia hasta que murió este Príncipe; esto es, por el mes de Agosto ó de Septiembre de 388. Pasó todo este tiempo en Roma, como él mismo nos dice, y le empleó en componer diversos libros; es á saber: